

CAPÍTULOS GRATUITOS

En busca del tesoro de Ahswöuld (Los Guerreros de Fagho I)

Illya Novelo

*La leyenda cuenta que
quien llegue al final del arco iris
encontrará una olla
repleta de oro, pero... ¿quién
sabe en realidad qué es
lo que hay?*

El universo. Un territorio infinito. Solo nuestro Sistema Solar está conformado por casi doce millones de kilómetros y nuestra Vía Láctea, por más de doscientos millones de estrellas. ¿Quién sigue pensando que, dentro de este universo formado por tantísimos planetas, nosotros, los terrícolas, somos los únicos seres existentes?

Y así como el universo, la mente de los seres humanos también es infinita. La imaginación del hombre ha creado desde tiempos remotos poderosos e intocables dioses y viajes por el espacio, nuestras historias narran seres con poderes extrasensoriales, portales del espacio y tiempo, e incluso dragones y seres inimaginables.

¿Realmente son nuestras mentes las que los han creado, o es que... en algún lugar... en algún planeta alejado del nuestro por millones de kilómetros de distancia... existen?

Puede ser. Puede ser que todo lo que consideramos mitología no sea irreal. Puede ser que nuestras mentes hayan pensado en todas estas, que nosotros llamamos fantasías, porque exista alguien que las haya visto en verdad, las haya vivido, y las recuerde. Puede ser que todas estas ideas que los adultos catalogan como imaginativas procedan de un lugar verdadero, de un mundo como este... un mundo llamado Fagho.

1 - La batalla de los Templos Sagrados

—**C**asi podría asegurar que nuestro ejército es tan numeroso como el suyo —mencionó el anciano rey Orton Alopus de Macedán sin poder quitar la mirada del cuantioso ejército contrincante que aguardaba desplegado en aquella llanura—. Y, siendo así, ¿por qué me siento en desventaja?

Nadie respondió, quizás porque los otros dos reyes compartían el mismo sentir. El cielo estaba oscuro, casi ennegrecido por la cantidad de nimbos que avecinaban una gran tormenta. Fulminantes relámpagos cegadores se encendían por aquí y por allá, y gracias a estos podían visualizarse las grandes sombras que sobrevolaban las alturas entrando y saliendo de aquellos densos nubarrones. A pesar de la distancia, la dimensión de las siluetas aladas hacía cortar la respiración de cualquiera.

—La cantidad de dragones que vuelan sobre nosotros es suficiente para derrotar a cualquier ejército —se atrevió a hablar D’Nagris, el más joven y atractivo de los tres reyes. Debía rondar por los treinta, pero llevaba siendo monarca de su reino por más de diez años, tiempo que lo colocaba ya como un mandatario experimentado, cuanto más siendo Bordeos una de las tres naciones más poderosas de Fagho. Darskan D’Nagris era un hombre de porte elegante, mirada profunda, boca y nariz grandes, tenía un acento extraño al hablar debido a la lejanía de sus tierras y sus largos cabellos dorados los mantenía siempre recogidos en una cola de caballo. Detrás de él se encontraba su portaestandarte, un joven fortachón que sostenía en alto el blasón de su nación que consistía en un castillo de tres cúpulas, la del medio más grande que las dos de los costados. Dos líneas azules serpenteantes que nacían detrás del castillo representaban los ríos de Bordeos, y las tres palmeras frente al castillo, la prosperidad de la agricultura de sus tierras pese a la controversia de estar rodeado por un desolado desierto. Bordeos era un oasis en medio de la nada, y eso simbolizaba el color oro del fondo de su blasón: las tantísimas leguas reales de arena inhóspita que abrazaba su nación. Los colores que definían los jubones de su ejército eran el oro y el verde olivo: desierto y florecimiento.

—Existen antecedentes de guerras de antaño en los que tener dragones no significaba la victoria para el ejército que los poseía —mencionó uno de los dos hijos del rey Alopus, que se mantenían a su lado. Ambos eran de edad madura, y muy parecidos a él. Cara redonda y nariz prominente. Los tres llevaban lorigas con mangas y brafoneras en las piernas cubiertos con una sobreveste con los colores de su reino, el rojo y el gris, y el símbolo de su blasón: las montañas que rodeaban la capital de su reino abrazadas por un águila, el ave característica de sus tierras.

El ejército macedano estaba enfilado del lado izquierdo de la llanura portando los colores de su nación bajo sus armaduras.

—No cuando uno está preparado para enfrentarse a esas bestias —volvió a compartir D’Nagris—, pero cuando Ásteris solicitó nuestra alianza jamás nos puso al tanto de que nuestros rivales poseyeran dragones.

—¿En verdad crees que Drakon me pasó una lista de sus adeptos cuando convocó a esta guerra? No seas idiota, D’Nagris. Pero si los dragones son el

problema, tendremos que deshacernos de ellos —sugirió circunspecto el tercero de los reyes.

Aga Ásteris. Un hombre desabrido de aspecto, de complexión robusta y mirada enérgica. A sus sesenta y cinco años no parecía tener su verdadera edad. Portaba una hermosa coraza plateada que le cubría el torso y en la cual tenía labrado el escudo de su reino, e igual que su ejército, que ocupaba la parte central de la llanura, en su uniforme portaba los colores azul y blanco que siempre habían distinguido a su nación.

Ante el comentario de D’Nagris, Ásteris sintió una pizca de orgullo sabiéndose el más osado y determinante de los tres reyes por haber transportado desde Ándragos cinco enormes catapultas, aunque jamás pensó en utilizarlas contra dragones. De hecho, las catapultas podían ser lentas e ineficaces si se pensaba en la vertiginosa velocidad de estas bestias de fuego, pero ante la fatal perspectiva, esa era su mejor posibilidad.

—Lo dices como si estuviéramos hablando de eliminar gigantes salvajes o cíclopes —volvió a refutar D’Nagris—. Los dragones no son ni lentos ni estúpidos, y con una sola bocanada de fuego podrían quemar a más de cincuenta hombres.

—Dedícate a lo tuyo, ¿quieres? Yo me encargaré de los dragones.

—¿De los siete que sobrevuelan el terreno? —lo desafió nuevamente el rey de Bordeos.

—La estrategia está desarrollada, Darskan —intervino el rey Alopus—, y no la cambiaremos ahora. Esperemos que los dioses nos amparen, porque ante ese ejército que tenemos frente a nosotros solo nos queda eso, implorar a los dioses por un milagro.

No era para menos. Pasos abajo de donde los dragones volaban de forma circundante, otras criaturas horrorosas hacían gala del arte de volar. Su tamaño y rasgos generalizados eran los de una persona, aunque su piel era color plomizo y de textura agrietada. Desde los omóplatos, y hacia la parte posterior de los brazos, les nacían unas grandes alas puntiagudas que superaban la longitud de sus extremidades superiores. Eran como unos murciélagos gigantes con mechones de pelo en rodillas, codos y pecho; tenían garras en vez de dedos, y, para rematar su horripilante aspecto, emergían de sus cuencas unos ojos

ambarinos de iris alargados que los hacían lucir como verdaderos diablos. Sus nombres: draconianos.

Había más de estas ochocientas bestias volando por encima del innumerable ejército conformado por los gigantes salvajes de los Llanos Fríos, hombres que llegaban a medir casi dos pasos y medio de altura; los arrancacabezas, provenientes de Mesilla, quienes se habían ganado su nombre por su gran habilidad de decapitar rivales con sus látigos de fuego flexible, y los cazadores de los Pueblos Bajos, guerreros caníbales bien adiestrados con todo tipo de armas punzo cortantes. Una sola de sus cuchillas podía tener varios aceros afilados de diversos tamaños y en posiciones contrapuestas. Los cazadores siempre habían sido muy temidos por su fama de asesinos de sangre caliente.

Sobre aquella planicie, el perverso y rabioso ejército se veía temerario. Era como una maldición, pero a pesar de estar frente a la peor escoria de Fagho, la mayor preocupación de los tres reyes no eran los draconianos, ni los arrancacabezas, no eran los cazadores o los gigantes salvajes, ni siquiera los dragones a los cuales había mucho que temer, sino aquel hombre que solitariamente aguardaba montado en un corcel negro de patas peludas sobre una colina. El capuchón de la toga negra que le cubría todo el cuerpo hacía un oscuro que impedía ver su rostro, pero aun en la distancia, sus ojos sobresalían de forma luminosa, rojos y brillantes.

—La hora ha llegado —expresó el rey Ásteris llenando de aire sus pulmones mientras desenvainó su hermosa espada dorada que colgaba de su cintura. El acero rozó su propia funda produciendo el sonido propio de dos metales al hacer contacto.

El portaestandarte de Aga le pasó su yelmo con apertura para ojos y boca y sin visera. El rey lo tomó, pero antes de ponérselo hizo recular su hermoso corcel zaino para llevarlo al lado de la protectora de su hijo.

—No se adentren demasiado en la batalla, Theradam. Manténganse alejados de los dragones y...

—Pero no quiero estar alejado de los dra... —irrumpió el joven príncipe de una forma, hasta cierto punto, respetuosa, pero de inmediato se dio cuenta de que había debatido una orden del rey.

Si algo emocionaba a Arcon Ásteris, príncipe de Ándragos, era que por primera vez en su vida iba a estar frente a la posibilidad de ver un dragón, y precisamente por ello había insistido tanto al rey el poder estar ahí, pero no podía contradecirlo, y mucho menos en público. La imponente mirada de su padre, esa que siempre utilizaba cuando él hablaba u opinaba, lo hizo callar súbitamente.

El chico bajó la vista y rectificó:

—No... no... lo... lo siento, majestad.

Aga había lanzado una mirada tan severa a su hijo que incluso los demás reyes se voltearon hacia otros lados fingiendo desentendimiento. El príncipe de Ándragos no tenía más de diez años, para muchos era un niño y no acababan por comprender qué hacía en un sitio como ese, pero para Aga el chico tenía edad suficiente para presenciar una guerra.

Luego de sentenciarlo con la mirada, el rey de Ándragos se volvió de nuevo hacia Karime Theradam, la designada por él para ser la protectora del príncipe. La vestimenta de esta joven guerrera era blanca con vivos destellos plateados. Sus facciones eran finas y sus cabellos rubios, lacios, y tan largos que le cubrían toda la espalda. Llevaba tejidas algunas trencillas con cuentas e hilos de plata y sus ojos eran azules y profundos como el océano. Montaba un brioso corcel del color de la luna y tanta palidez en su figura la hacían sobresalir de las numerosas filas del ejército que aguardaba detrás del séquito de los reyes.

—Por ningún motivo permitas que la seguridad del príncipe esté en riesgo, Theradam.

—Puede ocuparse plenamente de la batalla, majestad —declaró la chica de mirada fría y sagaz—. Yo me haré cargo de salvaguardar la vida del príncipe.

A Arcon le hirvió la sangre por dentro al escuchar a su padre, pero no cometería el mismo error. Se mantuvo con los labios sellados. Faltaba poco para iniciar la batalla, muy poco, y una vez iniciada, él podría separarse del séquito para hacer lo que le viniera en gana. Pero para su desgracia, una ligera ráfaga de viento le desacomodó sus rizos antes de que su padre volviese a su sitio.

—Lo primero que harás llegando al palacio será cortarte esas greñas inmundas que te hacen lucir como un mendigo. ¡Sujétatelo! —le ordenó severo, aunque sin sonido en voz—. Eres un príncipe. ¿Cuándo lo entenderás?

Arcon atrapó sus rizos naturales oscuros y los sujetó con un cordel que muy disimuladamente le pasó su protectora. El rostro se le despejó y sus ojos claros sobresalieron. Era un niño de complexión delgada y de rasgos muy distintos a los de su padre. Quienes le conocían, atribuían su atractivo semblante a su madre, la reina, quien, para su desgracia, había fallecido años atrás, dejando su educación al severo proceder de su padre.

Cuando Aga volvió a la par de los otros dos reyes, estos también desenfundaron sus espadas. Él fue el primero que la levantó en alto, le siguió el rey de Macedán y luego el de Bordeos, y este último la acompañó con un impetuoso y enérgico grito que se multiplicó en cada una de las gargantas de los soldados que permanecían detrás de ellos. El ejército de los tres reyes logró un estallido de valor como comienzo de su despliegue.

Desde el lado contrario, el ejército adversario también inició su movimiento ofensivo. Era el arranque de la más grande y feroz batalla que se había vivido en Fagho.

* * *

El encuentro entre los dos bandos fue atronador. Espadas, lanzas, flechas, mazos, látigos de fuego, garrotes con púas, todo tipo de cuchillas y otras tantas armas extrañas, entraron en contacto. Elementos de ambos bandos empezaron a caer.

El rey Alopus de Macedán se encargó de dirigir las líneas de arqueros y su primera acometida fue orientada hacia la parte media del ejército maligno. La lluvia de flechas acertó en muchos de sus rivales a pesar de que se protegieron con escudos, sin embargo, los que no cayeron volvieron a retomar camino, y entre ellos, varios gigantes salvajes. La segunda descarga de flechas fue lanzada y detuvieron a otros tantos seres inmundos, pero antes de la tercera, los arqueros

fueron atacados por los draconianos, que ejecutaron su dominio lanzándose en vuelo contra los centenares de arqueros. Con sus pavorosas garras en vuelo y la capacidad que tenían de lanzar fogonazos les bastó para romper la formación de sus atacantes en cuestión de minutos.

Por otro lado, tan rápido como pudieron, los grupos de soldados dispuestos en las catapultas se empeñaron en cargarlas con piedras enormes bañadas de aceite para prenderles fuego y lanzarlas contra los dragones. Como lo había previsto Aga, la mayoría de los disparos erraron ante la velocidad de las bestias de fuego que, cabalgados por los jinetes oscuros, los hacían descender para lanzar sus mortíferas llamaradas sobre el terreno del ejército de los tres reyes. Los jinetes oscuros eran hombres osados y faltos de escrúpulos que, a través de los tiempos, se habían dedicado a domar dragones a través de terribles técnicas de tortura y sometimiento. Dos catapultas ardieron casi de inmediato y el campo de batalla se convirtió en un verdadero averno. La muerte empezó a hacer acto de presencia llevándose consigo la vida de hombres y criaturas de ambos bandos.

Mientras tanto, el príncipe y su protectora aguardaron dentro de la línea de mando, lugar desde donde los reyes dirigieron el ataque hasta que la misma batalla los fue separando para comandar distintos contingentes, pero cuando todo el ejército entró en batalla, el príncipe y su protectora se encontraron solos al fin.

A la distancia, solo se percibía sangre, horror, muerte y destrucción.

—Entenderé que no quieras poner un pie ahí dentro. Y, de hecho, si no lo haces, el rey, y sobre todo yo, te lo vamos a agradecer —musitó Theradam.

Arcon nunca había presenciado los estragos de una batalla, nunca había sido testigo de lo que significaba ver centenares de muertos o de aspirar el inmundito olor a sangre en conjunto con el fuego. Era terrible. Pero si había algo que no sentía en ese momento, era eso, miedo, y se sintió capaz de entremeterse en aquel rincón de muerte.

Volteó hacia su lado izquierdo y visualizó, a escasas leguas reales, el inicio de un majestuoso e impenetrable bosque ubicado a las faldas de un monumental conjunto de montañas rocosas de apariencia transparente como el cristal. Los siete picos eran tan altos que los últimos tres casi se entremezclaban con las

nubes. Arcon no había podido quitar la mirada de ese lugar cuando lo vio por primera vez esa mañana en que el ejército de los tres reyes arribó al lugar del encuentro. Eran los Templos Sagrados, lugar donde habitaban los siete dioses de Fagho. Tan cerca y tan lejos. Sabía que era un lugar impenetrable, prohibido y misterioso, y que nadie en Fagho había puesto un pie ahí.

—Ni siquiera se te ocurra —escuchó nuevamente la voz de su protectora.

—No lo estoy pensando —dijo parcamente—. Me estoy encomendando a ellos.
—Y regresó la mirada hacia la batalla.

—Deberíamos volver al campamento.

—Si crees que eso haré es porque me conoces muy poco, Karime.

Y dentro de ese pequeño cuerpo de niño el príncipe de Ándragos hizo reparar su caballo en dos patas para lanzarlo a galope directamente hacia la batalla. Su protectora suspiró mientras lo vio alejarse.

—Lógicamente nunca pensé que volveríamos —dijo para sí.

Por órdenes del rey, desde muy pequeño a Arcon le arremetieron a fuerza de obligación todo tipo de conocimientos, la mayoría de ellos de un criterio tan alto que un niño común ni siquiera tendría la capacidad de entender, y apenas había podido sostener una espada, le había asignado un instructor de entrenamiento. De no ser porque Arcon encontró placer en ello, habría odiado el arte de la espada como odiaba ser el príncipe de Ándragos, y más aún, el hijo de Aga Ásteris, y una vez que aprendió a controlar la espada, sus prácticas pasaron a otro nivel, a destazar animales para que se preparara a lidiar con la sensación de cuando el acero hace contacto con la carne y los huesos. Arcon había vuelto de entrenamientos cubierto de sangre después de haberse enfrentado a algún becerro salvaje o a una cabra de montaña, y jamás olvidaría la ocasión en que su padre lo obligó a matar a su propio perro, un cachorro que le había regalado su madre antes de morir; al rey siempre le disgustó que tuviera. No obstante, cada entrenamiento diario, cada corrección, cada reprimenda que se había ganado, cada instrucción y cada enseñanza que había recibido, eran la razón por la cual sabía moverse, sabía dar estocadas, sabía herir y conocía perfectamente los puntos del cuerpo en los que, con un golpe, una persona podía morir irremediamente. A lomos de su corcel, Arcon se entremetió prudentemente en

la batalla por la retaguardia asestando pinchazos por la espalda a sus adversarios. No penetró en la médula del encuentro, pero no por ello estuvo lejos de la violencia.

Theradam no se quedó atrás, la joven siret de quince años era una experta manipulando su arco color plata brillante. Su aljaba estaba ocupada por ocho flechas que emitían un intenso resplandor azulado, parecían tener luz propia, y al ser disparadas, cortaban el aire igual que un rayo para terminar infaliblemente clavadas en el enemigo que ponía en su mira. Ocho flechas que resultaban pocas ante la magnitud de una batalla, pero que tenían una peculiaridad poco común. Cuando ella abría y cerraba su puño, una a una las flechas que había lanzado desaparecían del lugar en el que habían quedado incrustadas para aparecer reunidas de nuevo en su mano. La protectora del príncipe tenía una astucia, velocidad y reflejos impresionantes, poco vistos en una chica de su edad, es más, frente a sus adversarios, ella tenía el control de cada uno de sus enfrentamientos, y a pesar de estar concentrada en la batalla, tenía la capacidad de tener sus sentidos prestos en el príncipe, a quien siempre vigilaba no muy alejada de él.

Gracias a su capacidad receptiva, a sus habilidades sobresalientes de siret, y a ser la hija de quien era, Karime Theradam fue la elegida por Aga Ásteris para convertirse en la protectora de su hijo, tarea que, a estas alturas de su vida, ejecutaba de forma virtuosa. Aga Ásteris tenía la certeza de que él podía desentenderse de su hijo, siempre y cuando Theradam estuviera cerca de él.

La encarnizada y sanguinaria lucha que pasaría a la historia como La batalla de los Templos Sagrados continuó en su apogeo, y la misma violencia que envolvía el terreno de enfrentamiento a campo abierto contagió a los cielos. La tormenta que había amenazado con caer desde el inicio sobrevino a modo de tempestad. A los pocos minutos de comenzar, el campo ya se había anegado, convirtiendo aquello en un muladar de barro y sangre que dificultaba la vista, pero lo que pareció ser en un principio un obstáculo para el ejército de los tres reyes, resultó ser la salvación de cientos de soldados, ya que el intenso fuego de los dragones y los draconianos era amainado, o incluso sofocado, por la torrencial lluvia. Muchos soldados agradecieron internamente el estar completamente empapados cuando algún draconiano los atacó con sus lanzadas de fuego, el daño

no era el mismo, y, si acaso prendían, con el simple hecho de rodar en los charcos de agua y lodo era suficiente para apagarse a sí mismos.

No había pasado mucho tiempo desde que se habían adentrado a la batalla cuando el corcel de Arcon recibió una lanzada. El dolor lo encrespó, lo hizo reparar y tiró al chico, que cayó de un azotón y con tal fuerza que por un momento se le ennegreció la vista. Tuvo que aguardar escasos segundos para recuperarse, pocos, porque a su mente nunca se le nubló la idea que estaba en una batalla. El charco de lodo en el que cayó le dejó lleno de barro, pero importándole poco ubicó su espada que había escapado de su mano. Se levantó por ella, y hasta que la empuñó de nuevo se dio cuenta de que la perspectiva de su entorno era distinta. Se vio rodeado de hombres, hombres enormes que blandían todo tipo de armas y que se debatían la vida unos con otros. Había sangre, barro, gritos, lamentos, azotes, atajadas, hombres mutilados, pedazos de cuerpos, ¿y él? Él lucía tan pequeño frente a toda aquella brutalidad que por primera vez se sintió inerme.

Cuando Arcon cayó de su caballo, la lluvia todavía era torrencial y dificultaba la vista, más aún el lodo rojizo, impregnado de sangre, con el que estaba cubierto todo cuanto se movía. De no ser por el aspecto grotesco de los hombres del ejército de Drakon, habría sido difícil reconocer a qué bando pertenecía cada hombre. Pero fue ahí, parado entre esa multitud de hombres mayúsculos, que el príncipe se dio cuenta de que tenía una ventaja sobre cualquiera. Que por su tamaño de niño nadie parecía tenerlo en cuenta. Inmediatamente se quitó la coraza de hierro en la que sobresalía el escudo de Ándragos y la pechera bordada que llevaba debajo que lo distinguía como príncipe. De igual modo se quitó todo lo que portaba de valor para hacerse lo más indiferente o insignificante posible. Arcon aprovechó su tamaño para lanzar estocadas y se valió de su velocidad y astucia para escurrirse entre la multitud de los cuerpos y perderse de vista.

Y mientras todo esto ocurría, desde la cima de la colina, el encapuchado de negro observaba pasivamente la avasallante batalla. Ya no estaba solo. Lo custodiaban dos hombres de rostros marcados con grotescas cicatrices, que no eran cicatrices en sí, sino marcas que formaban parte de su fisonomía. Lucían unos ojos amarillos coronados con un halo verdoso y cada uno sostenía en mano una especie de guadaña labrada con símbolos extraños en su cuchilla curva y en sus mangos de hierro. Vestían una túnica gruesa de corte recto color gris y nada

más. Cualquier habitante de Fagho que tuviera nociones de criaturas extrañas sabría quiénes o qué eran. Los llamados sculls.

El hombre del corcel de patas peludas elevó la mirada al cielo observando que aquel concentrado de nubes que ennegrecía el día adquirió un movimiento inusual, con contracciones violentas y antinaturales que ocasionalmente abrían huecos y en los que se podía percibir un tono rojizo que envolvió la atmósfera de Fagho. Tras advertir el hecho, volvió la mirada al campo de batalla para luego hacer virar su caballo y retirarse de aquel sitio sin que nadie lo advirtiese. A su vez, los sculls se tornaron traslúcidos y se desvanecieron en un humo oscuro que la misma lluvia hizo desaparecer. La colina quedó completamente solitaria.

Y de un segundo a otro, la torrencial lluvia cesó. Para la mayoría de los hombres que peleaban el hecho pasó inadvertido, pero no para Aga Ásteris, quien combatía contra un cazador, y fue tras una agresiva atajada que el rey aprovechó un movimiento para clavar su espada hasta el fondo de las entrañas del hombre. Los ojos del cazador se abrieron con toda intensidad al sentir el dolor en su carne abierta, y no conforme con la herida de muerte, retorció su espada hacia un lado para desgarrar deliberadamente su carne. Al cazador le surgió un hilillo de sangre que le chorreó por la barbilla. Aga aprovechó para sacar su espada, dar un paso hacia atrás y tirar una patada sobre el estómago del hombre. Hasta ese momento tuvo la oportunidad de mirar el cielo, pero al hacerlo una gran preocupación se cernió en él. El estrepitoso movimiento de las nubes dejaba entrever un cielo que se había tornado tan rojo como la sangre.

El rostro del rey se tornó lívido.

—¡Aga! ¡Aga! —escuchó que alguien lo llamó. A los pocos segundos, Darskan D’Nagris llegó junto a él chorreando sangre, agua y lodo—. ¿Lo has notado? ¿El cielo? —preguntó con angustia.

—Sí, lo he visto. Hemos provocado la ira de los dioses, Darskan. —Y su único pensamiento, tras decir aquella frase, fue el príncipe. Conociéndolo como lo conocía, su hijo debía encontrarse en algún lugar del campo de batalla—. ¡Theradam! ¡Theradam! —gritó utilizando su potente voz, aunque sin dirigirse a nadie en específico.

A mucha distancia, y mientras ella dejó escapar la cuerda de su arco dirigido hacia la cabeza de un draconiano, el inconfundible y exigente timbre de voz del rey se abrió paso hasta llegar a sus oídos.

—¡Theradam! ¡Saca al príncipe de aquí! ¡Sácalo y vuelvan a Ándragos! ¡De inmediato!

Era una orden. Una súbita e impostergable orden del rey.

Karime buscó con la mirada. Lo ubicó peleando contra un arrancacabezas. Arcon esquivaba los latigazos de fuego vivo con movimientos raudos. Afortunadamente era un arrancacabezas grande y lento, por lo cual, al príncipe no le había hecho ningún rasguño, pero también era fuerte y sabía manipular su látigo. En cuanto el arrancacabezas, estudió la forma en la que hasta ese momento el chiquillo se las había arreglado para escabullírsele, le lanzó otro latigazo más antelando su reacción. El chico antepuso su espada, pero la punta del látigo se la arrancó de las manos y alcanzó a rozarle el antebrazo derecho.

—¡Aaagh!

El arrancacabezas sonrió.

—¿Ahora sí dejarás de brincar como un saltamon...? —Pero antes de acabar su frase una flecha azulada ya le había atravesado la nuca para salir por su garganta.

Flechas azules. Arcon sabía perfectamente a quién pertenecían.

—¡Oye! ¡Eso no era necesario! ¡Yo estaba a punto de acabarlo!

—¡Vámonos, alteza! —llegó ordenando Karime tomándolo de un brazo y jalándolo ligeramente para hacerlo avanzar.

—¿Irnos? —refunfuñó el chico—. ¿Por qué?

—Órdenes del rey.

Arcon no podía creerlo. ¿Hasta cuándo iban a dejar de tratarlo como si tuviera cuatro años?

—Espera, Karime, espe... ¡Aaah! ¡Un draconiano! —gritó con tremenda cara de espanto mientras señaló hacia arriba.

Karime tuvo que soltarlo para girarse en redondo, y con una velocidad inusitada, sacó una flecha de su aljaba, la colocó en el arco, y apenas tensó el cordel cuando ya había salido disparada hacia el draconiano. El disparo fue perfecto. Cuando la flecha se le incrustó en el corazón, la bestia emitió un aullido ahogado, y mientras caía al suelo se desvaneció en una nube negra de polvo.

Karime volteó hacia su lado derecho para volver a agarrar al príncipe del brazo.

—Listo. Vámonos cuan... ¡Maldición, Arcon! ¡¿Por qué te gusta complicar tanto mi trabajo?!

El pequeño príncipe había aprovechado la distracción para escurrirse de su lado como venía haciendo desde que había caído de su caballo. Karime lo buscó entre la multitud, pero era demasiado el movimiento, demasiadas armas encajándose en entrañas, demasiada sangre corriendo, demasiada confusión y ninguna señal de él.

Fue un estallar que se escuchó a la distancia lo que hizo retumbar la tierra. No hubo mirada que no se volviera hacia aquel estruendo y muchos fueron testigos de las decenas de hombres que volaron por los aires en conjunto con una explosión de fuego, luz y polvo. La siret no tenía idea de qué había cimbrado la tierra de esa manera hasta que vio bajar del mismo cielo otro monumental rayo rojo que impactó en la tierra con toda potencia haciendo estremecer de nuevo a la multitud.

—Por todos los dioses... —susurró incrédula—. ¡Arcon! ¡Arcon!

La gente comenzó a gritar y los rayos a caer en todo el territorio ocupado por ambos ejércitos, uno seguido de otro, y entre el tumulto, a Karime lo único que se le ocurrió fue lanzar un chiflido. Todo era confusión. Los soldados de ambos bandos corrían intentando encontrar algún refugio de aquella tormenta de rayos que se había soltado violenta e implacable, incluso los dragones fueron cayendo uno a uno azotados por las descargas de luz, y en su desplome aplastaron a muchos hombres dándoles muerte.

En respuesta al chiflido, de entre la muchedumbre paranoica surgió un hermoso corcel blanco que se abrió paso entre el humo, los soldados y las bestias. Karime tomó posición, y de un salto logró montar al animal sin que este se detuviese.

—Tenemos que encontrar a Arcon, Key. ¡Apresúrate! —espetó aferrándose a las riendas.

El fuego provocado por los rayos comenzó a cubrir gran parte del territorio mientras continuaban cobrando vidas. Uno de ellos impactó muy cerca de donde Key galopaba y la siret tuvo que agacharse sobre su lomo para que un soldado bordeano no la tumbara cuando salió volando por encima de ella.

—Maldición, Arcon. ¿Dónde te metiste? —se preguntó sin dejar de buscar con la mirada en aquel caos.

Cada segundo que transcurría el peligro que se cernía en la zona crecía de forma desmedida. Los enemigos, los rayos, el fuego. La muerte rondaba de muchas maneras, pero abriéndose camino a su paso y guiándose por los profundos gritos del monarca de Ándragos, el rey D’Nagris volvió a acercarse a Aga.

—¡Aga! ¡Vámonos de aquí o moriremos!

—¡Retírense! ¡Retírense! —gritaba el soberano de Ándragos de forma incansable—. ¡Que alguien toque un cuerno para dar la retirada!

Había tantísimos soldados del ejército de los tres reyes desperdigados en aquel campo tan grande que sin un cuerno era imposible avisarlos a todos.

—¡Aga! —insistió D’Nagris—. ¡No hay tiempo! ¡Vámonos!

—¡Hay que sacar a nuestra gente! —masculló continuando con su labor—. ¡¡Váyanse!! ¡¡Vamos!! ¡¡Corran!!!

Darskan observó que el rey Ásteris se dedicaba a retirar a sus hombres casi uno por uno. Labor interminable y peligrosa, por tanto, decidió marcharse dejándolo solo.

Otra onda de calor y polvo sacudió muy cerca de donde Key galopaba. Por unos segundos, tanto el caballo como su jinete perdieron visibilidad, pero no fue impedimento para que Key continuara corriendo hasta salir de aquel nubarrón, y al hacerlo Karime se balanceó hacia un lado para extender su brazo lo más que pudo y jalar las ropas de Arcon mientras este corría para escapar de los estragos del rayo. Con fuerza lo levantó y lo subió sobre el lomo de Key, delante de ella.

—No vuelvas a esconderte de mí de esa forma, ¡¿entendiste?! —recriminó condenadamente enojada.

—¡Deja los regaños para mi padre, Karime, que él es el experto! ¡¿Qué es lo que está pasando?!

—¡No tengo idea, pero tenemos que salir de aquí cuanto antes!

Los rayos que descendían del cielo como lanzas de luz cada vez fueron más intensos, más frecuentes y más mortales.

No fueron muchos los que lograron salir con vida de allí, pero entre los que hicieron estaban Arcon y Karime, quienes, ya alejados del peligro, se volvieron para mirar el desastre desde una colina apartada.

Los rayos continuaban impactándose en tierra y miles de hombres gritaban e intentaban huir tratando de salvar sus vidas. La planicie era una devastada zona de guerra, y arriba todo el cielo de Fagho continuaba teñido de rojo.

—Espero que el rey haya logrado salir de ahí —expresó Karime con cierta mortificación.

Silencio.

—Yo también —fue la única respuesta del príncipe.

2 - El resplandor de una estrella

Tirado sobre la hierba, en un claro donde los árboles del bosque le permitían mirar hacia el cielo, Eric Barón observaba entretenido la noche estrellada mientras alumbraba con su lámpara hacia el firmamento. La linterna emitía un largo haz de luz que se perdía en la profundidad de la noche. A Eric le fascinaba observar las estrellas, más ahora, que permanecía acampando en un bosque de Illinois.

Entretenido estaba cuando una voz interrumpió aquel plácido silencio.

—¿Qué haces, Eric?

—Eh... nada, papá. Viendo las estrellas.

—¿Ya localizaste la Osa Mayor?

—Por supuesto. Allá está. —Señaló un punto en lo alto del cielo.

Su padre volteó y sonrió.

—Muy bien. Tendré que enseñarte más constelaciones.

—¿Ahora? —preguntó emocionado.

—No. Ahora la cena está lista. Vamos, hijo.

—Mmm —se desanimó un poco—. Voy enseguida.

Una mañana de mayo, Roberto Barón se levantó con la idea de romper con la rutina de su vida. Ese mismo día, cuando pisó la oficina, se dirigió al despacho de su jefe y le pidió vacaciones para llevar a acampar a sus hijos al bosque por una semana. Le expuso que estaban creciendo y que no quería que se le fuera de las manos el tiempo que un padre debe aprovechar para estar con sus hijos, además, deseaba que vivieran aventuras lejos del mundo cotidiano, del smog y del estrés citadino de Chicago. Siete días después, Roberto Barón ya se encontraba extendiendo una casa de campaña junto con sus hijos dentro de un espeso bosque a tres horas y media de su ciudad.

Como buen padre, se esmeró en enseñarles algunas actividades de la excursión y el campismo como pescar en el río, escalar el monte, intentar cazar algún conejo y disfrutar de la tranquilidad del campo, y tras dos días de intensa actividad, Eric incluso ya podía encender una hoguera por sí solo.

Eric Barón era un niño típico de su edad. Le gustaba jugar todo el día y odiaba levantarse temprano para ir a la escuela. No era ninguna eminencia en clases, no hablemos siquiera de las matemáticas, por él habría dejado la escuela con gusto, pero, en cambio, le encantaba coleccionar cualquier clase de objeto raro que encontrase, fabricaba sus propias armas para sus juegos con palos, cuerdas, cartones y piedras, y era un experto en el arte de imaginar. Unas veces soñaba con ser un pirata en busca de un tesoro, otras con ser astronauta y descubrir nuevos planetas, no podía faltar el ser un experimentado mago con poderes sobrenaturales o un gran héroe salvador de la humanidad. Las horas del día no

le bastaban para crear en su cuarto las atmósferas propias de sus aventuras moviendo de un lugar a otro la cama y la cómoda simulando un barco pirata o una nave interestelar, o atravesar hasta la sala de su casa escondiéndose detrás de los muebles imaginando que sus padres eran los alienígenas que querían apoderarse de su cuerpo. Esa fue otra de las razones por las cuales Roberto decidió llevarlo a incursionar en el bosque, porque sabía que siendo como era, lo disfrutaría enormemente, y de no ser por su hermano, Eric habría pensado de la misma manera, pero las relaciones entre ellos no podían catalogarse realmente como amistosas. Siendo el más pequeño de la casa y habiendo tanta diferencia de edades entre los dos, él había aprendido a divertirse solo.

Eric era un chico simpático de vista, y a diferencia de sus padres y su hermano, su cabello no era oscuro, más bien claro, como el color de sus ojos, como la miel, y aunque lo tenía lacio, siempre llevaba su pelo alborotado. Su estatura era media y de complexión delgada y tenía en su rostro ese encanto que tienen algunos niños y que provoca la típica frase de las mujeres: «De grande vas a ser muy guapo», aunque eso era algo que a Eric le importaba un sorbete.

Justo estaba por ponerse en pie, después de que su padre lo había dejado, cuando vio aparecer en el cielo algo que nunca antes había visto. Durante el tiempo que había estado tumbado sobre la hierba, había contado ya tres veces seguidas las estrellas más brillantes que esa noche había observado. Eran cuatro. Sin embargo, en ese momento, apareció en el firmamento una más, justo frente a sus ojos.

En un principio creyó que era su imaginación. Una estrella no puede aparecer de pronto en el firmamento. Se talló los ojos y volvió a mirar. Nuevamente estaba allí, era mucho más resplandeciente que las otras, y, además, el resplandor que emitía era rojizo. Rojo como la sangre.

«¿Qué será eso?», se preguntó sin quitarle la mirada. Nunca había visto una estrella con ese brillo carmesí tan intenso.

De ser por él, se habría quedado observando aquella estrella por horas, pero el llamado de su padre a lo lejos volvió a irrumpir el canto de los grillos.

—¡Eric!

—Está bien. Ya voy. Ya voy —refunfuñó poniéndose de pie y olvidándose de aquel extraño incidente.

Eric llegó hasta la fogata que su padre y su hermano mantenían encendida. Se sentó a un lado sin decir palabra y recibió de manos de Roberto un plato de sopa con verduras que comenzó a comer sin mucho apetito.

—¿Qué estabas haciendo, enano? —preguntó Héctor con un tono que le daba a la cuestión la apariencia de no tener importancia, pero Eric sabía que él jamás preguntaría algo sin importancia, además, Eric odiaba que lo llamara *enano*. Ciertamente era un poco bajito, pero en su salón de clase había niños mucho más pequeños que él.

—No creo que te importe lo que estaba haciendo.

Ante la contestación poco amable, Roberto intervino.

—Tranquilos los dos. No quiero discusiones esta noche, ¿entendido?

—No quiero discutir —declaró su hijo mayor con un sonsonete inocente—. Tú estás de testigo de que solo le pregunté de buena forma qué estaba haciendo.

—Contéstale a tu hermano, Eric.

El chico guardó silencio un momento y tuvo que responder, aunque lo hizo más a fuerzas que de ganas.

—Estaba viendo las estrellas.

—¿Las estrellas? —hizo un silencio, y agregó—: ¿Las estrellas por qué? ¿Esperas algún arribo interestelar de algunos de tus compañeros marcianos o...?

—¡Míralo, papá! —bramó Eric haciéndolo callar, pero sin poder evitar las risas socarronas de su hermano—. ¿Para eso me pides que le conteste? ¿Para que todo lo que diga lo utilice para burlarse de mí?

—Ya basta. Deja en paz a tu hermano, Héctor, que él te contestó de buena manera.

—Está bien, está bien. Lo siento —dijo, aunque a Eric le pareció sarcástico.

—No sé por qué haces que sea amable con él si ya lo conoces —enunció casi ofendido.

El mayor de los hermanos Barón tuvo que dejar de sonreír ante la mirada ajusticiadora de Roberto, que, de haber tenido poderes sobrenaturales, lo habría podido eliminar de la faz de la Tierra en ese instante.

A pesar de ser hermanos, Héctor Barón era muy diferente a Eric. Quizás por ser el mayor tenía más rasgos de sus padres, y como todo buen adolescente llevaba un corte a la moda en su cabello oscuro y ondulado. Era alto y lucía un cuerpo bien moldeado por la hora diaria que pasaba en el gimnasio. Cuidaba detalladamente su forma de vestir y siempre estaba al grito de la moda. Él quizás se creía el chico más guapo de la clase, la escuela, el vecindario y el mundo entero, aunque no lo fuera. Eso sí, definitivamente tenía algo que a las chicas les encantaba. ¿Qué? Eric jamás había podido entenderlo, él no, pero cualquier mujer lo habría adivinado al instante. Los implacables ojos grises que había heredado de sus progenitores, enmarcados por su cabello oscuro.

A Héctor, un joven de diecisiete años, le parecía soporífero salir con su padre y su hermano menor de paseo. Desde que se había enterado de las dichas vacaciones al bosque le había desagradado la idea, su mundo ya lo conformaban la escuela, los amigos, amigas y las salidas nocturnas con ellos, por lo que no había cabida en su agenda para la familia. Lo único divertido que había encontrado hacer en ese inhóspito y desolado lugar era buscar la ocasión de molestar a su hermano para burlarse de él. Y eso hacía.

Tras el pequeño incidente, se propició un silencio pacífico. El crepitar de los leños en el fuego y el cantar de los grillos y otros insectos envolvía la noche, pero fue a mitad de la cena cuando un ruido a la distancia los interrumpió al grado de que los tres dejaron de comer. La dirección por la que procedía llevó a Eric a pensar en una sola cosa.

—¡Es el zorro! —gritó al tiempo que se puso de pie de un salto, y sin pensárselo dos veces se lanzó corriendo en esa orientación.

Esa tarde habían intentado atrapar a un zorro que ya los había burlado en dos ocasiones, y antes de terminar el día le habían dejado una trampa para ver si el animalillo caía por la noche, aunque al parecer no había sido necesario esperar tantas horas. Eric estaba seguro de que el ruido a lo lejos provenía del zorro, que ya había caído en la trampa.

Roberto lo llamó un par de veces, pero en un instante su hijo había desaparecido. Solo movió ligeramente la cabeza al notar que no se había llevado su linterna.

—Vamos, Héctor —mencionó Roberto poniéndose de pie—, sigamos a tu hermano. Llévate dos linternas. Eric salió corriendo sin llevarse la suya.

Héctor rio con cierto toque de burla.

—Cuando el enano se percate de que salió corriendo sin luz se va a quedar paralizado como una gallina.

—¿Algún día dejarás de molestarlo? —le preguntó Roberto sin darle mucha importancia al comentario.

—Tienes un hijo medio cobarde y no puedes negarlo.

—Es pequeño, ¿cuándo lo vas a entender? Le llevas siete años, no quieras que sea como tú.

—Es miedoso, papá. Que no quieras admitirlo porque es tu hijo es otra cosa.

Eric corrió y corrió sin detenerse hacia el lugar donde habían colocado la trampa. Tenía la certeza de que ahí lo encontraría. Seguramente estaría atorado en la red, y si su padre se lo permitía, hasta podría llevárselo a casa, pero la emoción no le permitió darse cuenta cuánto se había alejado del campamento, y... oh, oh, había olvidado la linterna. La noche hacía gala de una gran luna, y por eso podía ver casi con claridad, pero eso no le quitaba lo que era, una noche, y ya no se oía nada, ni nadie, a excepción del canto de los insectos.

El chico amainó el paso, que tornó precavido. Sabía que ya no estaba muy lejos del sitio donde habían colocado la trampa.

Otro ruido más, como el tronar de unas ramas al pisarlas. Eric se detuvo. Si no recordaba mal, la red que habían colocado debía estar justo enfrente de él, no a su lado derecho. «Rayos. ¿Será el zorro?» Pero si era así, ¿por qué lo escuchaba del otro lado de la trampa? El corazón le latió a tambor batiente, podía escucharlo y sentirlo casi en su garganta. Algo no estaba bien. Lo más sensato era retroceder y volver al campamento.

Eric se dio media vuelta y dio tres pasos decididos para echarse a correr por donde había llegado cuando otro crujido lo sorprendió, ahora justo delante de él. «Oh, por Dios. No me hagas esto». Y en la penumbra observó que las ramas de un arbusto se movieron. ¿Qué era? ¿Qué clase de animal era el que se movía dentro de aquel matorral a menos de cuatro metros? No tenía ni idea, pero lo que fuera corrió hacia otra mata de su izquierda.

Las manos se le humedecieron, el corazón se le desbocó y su frente se perló de sudor. Eric retrocedió un paso, otro más, y luego otro. Tenía tantas ganas de gritar, de llamar a su papá con todas sus fuerzas, pero al mismo tiempo parecía que había perdido la voz, el miedo no le permitía emitir grito alguno.

¡CRASH! ¡CRASH!

Otro ruido detrás de él. Eric se volvió intempestivamente. Se sentía rodeado. Acorralado. La luz de la luna le permitía ver a sombras, pero no sabía si eso resultaba mejor o peor.

Y de pronto... *¡PUM!*

Algo saltó de los arbustos hacia él. Eric echó un grito despavorido al sentir algo tan cerca que el sobresalto le hizo perder el equilibrio. Cayó hacia atrás al pisar una piedra. El golpe que recibió en el trasero le sacudió y le dolió, pero de reojo alcanzó a ver lo que había salido de los arbustos. Dos conejos silvestres huían despavoridos, más asustados que él.

Eric se sintió casi humillado y avergonzado de sí mismo. Dejó caer la cabeza en el suelo. «Rayos. Malditos animalejos estúpidos».

Una vez pasado el susto y recuperado el aliento, se puso en pie y se sacudió las hojas que se habían adherido a su pantalón. Intentó actuar con naturalidad, tratando de evitar el bochorno que le causaba el haberse asustado por culpa de dos conejos. Si Héctor se enterara... No. Jamás. Sería la peor vergüenza de su vida.

Caminó unos pasos hacia donde él creía que estaba el campamento, tenía que regresar, pero al único sitio al que salió después de avanzar un trecho fue al río, al mismo río en el que el día anterior su padre había pescado tres pececillos. Se acercó hasta la orilla, se arrodilló en las piedras y haciendo canoa con ambas

manos se echó un tanto de agua fría para remojarse la cara. Esa parte del río mantenía sus aguas calmosas, por lo que se formaron amplias ondas cuando introdujo sus manos, pero mientras se engrandecían, una seguida de la otra, alcanzó a ver el reflejo de una estrella. No fue en sí la estrella lo que llamó su atención, sino la claridad con que la veía, lo grande que era y, sobre todo, su color rojizo.

Eric quedó impresionado con ese reflejo. ¿El reflejo de una estrella en el agua? El hecho le pareció increíble, tanto, que volvió la vista hacia arriba y buscó en el firmamento aquella estrella brillante.

Sí. El chico quedó perplejo cuando volvió a ver que de entre todas las estrellas que refulgían, la de color rojo, y justamente la misma que había aparecido ante sus ojos, sobresalía más que las otras cuatro que tintineaban de forma hermosa. Su brillo era terriblemente intenso.

—Wow. Qué manera de brillar.

Entretenido volvió su mirada al río y se le ocurrió estirar la mano para tocar el reflejo con su índice. Estaba cercano a la orilla, y al hacer agitar el agua, la estrella perdería su forma con las ondas que se formarían.

Jamás imaginó que, al punto que la yema de su dedo tocó el reflejo, un haz de luz violácea y cegadora saliera del agua hacia arriba esparciéndose en abanico hacia todas direcciones. A Eric se le introdujeron algunos rayos de refulgencia en el pecho, no sintió nada, pero el inverosímil acontecimiento lo asustó al grado de que la misma impresión lo hizo caer hacia atrás. Trató de cubrirse los ojos de la radiante luz, pero antes de lograrlo ya había caído inconsciente.

3 - Drakon

— ¡Eric! ¡Eric, despierta! —insistió su padre por quinta ocasión. Héctor y él lo habían encontrado tirado a un lado del río desde hacía

unos minutos, y preocupado, trataba de reanimarlo—. ¡Eric! ¡Hijo, reacciona!

—¿Eh...? —Abrió los ojos lentamente tras los urgentes zangoloteos de su padre—. ¿Qué... qué sucedió? —preguntó atontado. Sentía la cabeza pesada y las ideas adormecidas, y si no fuera porque estaba viendo a su padre, podría jurar que estaba en otra dimensión.

—Dímelo tú —le pidió Roberto angustiada, aunque aliviado también de ver que había vuelto en sí—. ¿Eric, estás bien? ¿Te sientes bien? ¿Qué pasó?

—... No... No lo sé, yo... —y se quedó en silencio, intentando hacer memoria.

Esa tarde habían pasado tres largas horas intentando atrapar a un pequeño zorro que les había seguido la huella desde que llegaron al bosque, sin embargo, llegó la noche sin que pudiesen hacerlo caer en una trampa que le habían colocado. Mientras cenaban había escuchado un ruido y creyó que sería el zorro, corrió hacia el lugar de la trampa, pero antes de llegar se dio cuenta de que los ruidos no provenían de ahí. Escuchó varios crujidos que le llegaron de diferentes direcciones, pero al final descubrió que eran dos conejos silvestres los que merodeaban por allí e hicieron que se cayera y se diera un buen golpe en el trasero.

Entonces le vino a la cabeza el suceso que le había hecho perder la conciencia. «Sí, la estrella. El reflejo de la estrella roja en el agua.»

—La estrella... Fue una estrella... Me aventó una luz muy brillante y me tumbó. Estaba ahí. En el río.

Roberto y Héctor voltearon a verse el uno al otro.

—¿Qué?

—¡Fue la estrella, papá! ¡En el río! —gritó conmovido poniéndose de pie en un santiamén.

—¿Una estrella en el río? —preguntó Héctor con recelo.

—¡Sí! Bueno, era solo su reflejo, el reflejo de esa estrella que está a... —Pero se quedó callado cuando, al mirar hacia el cielo, ya no encontró la estrella roja que había visto tan claramente—. Ahí estaba —declaró confundido, buscándola con la mirada por todo el firmamento.

Roberto se acercó a su hijo y lo tomó de los hombros, hablándole con mesura.

—Esto es serio, Eric. Te encontré desmayado. Haz memoria y dime si te picó algún insecto.

Eric se quedó en ascuas.

—¿Un... un insecto? No, papá.

—¿Por qué te desmayaste, entonces?

—Ya te lo dije —insistió en un intento exasperado por explicar la verdad—. Estaba yo allí, agachado junto al río, y de pronto salió un rayo de luz del reflejo de una estrella cuando lo toqué con el dedo.

Héctor no pudo contener la risa.

—¿Un rayo de luz que salió del río? Cielos, enano. ¿Y en qué momento arribó la nave interestelar?

—¡No estoy diciendo mentiras, papá! —se dirigió de lleno a su padre sin importarle los comentarios de su hermano—. Tienes que creerme.

—Eric, estamos de acuerdo en que no puede salir un rayo de luz del agua de un río, ¿verdad? —expresó Roberto un poco más tranquilo, al menos parecía que Eric volvía a tener la vitalidad de siempre.

—¡Yo sé que no puede salir un rayo del agua! ¡Pero eso fue lo que sucedió! —alegó, alebrestado.

—¡Hey, miren! —gritó Héctor intempestivamente señalando hacia el río—. ¡Un rayo de luz!

Eric y Roberto voltearon hacia el lugar que señalaba Héctor, y este se carcajeó después de unos segundos. Estaba señalando el reflejo de la luna, que, con el agua, se alargaba un tanto por el río haciéndolo parecer un rayo de luz.

—Ya basta, Héctor —declaró Roberto al comprender la burla.

Eric sintió que le hirvió la sangre por dentro. ¿Cómo era posible que siendo la verdad no le creyeran?

Roberto volvió a mirar a su hijo menor.

—Eric, necesito que me digas qué fue lo que pasó —volvió a insistirle.

—¡Eso pasó! Estaba en la orilla, y cuando toqué el reflejo de la estrella un rayo de luz violeta salió de... —Y se quedó callado, escuchándose a sí mismo. ¡Era lo más ilógico del mundo!

Después de meditarlo, lo entendió. El suceso era increíble. Imposible que su padre lo entendiera, mucho menos Héctor.

Optó por dar marcha atrás teniendo que decir lo último creíble y sensato que había sucedido, aunque lo hiciera quedar como un tonto.

—Dos... dos conejos.

Su padre prestó atención levantando una ceja más que la otra.

—¿Dos conejos? ¿Qué es eso?

—Fueron dos conejos silvestres.

—¿De qué hablas?

—De que llegué hasta aquí corriendo y dos conejos me salieron de improviso y... —¡Cómo le costó decirlo!— y me asustaron. Me caí para atrás —reconoció entristecido—. Supongo que me pegué en la cabeza.

Héctor intentó no hacerlo, pero no pudo contener la risa que le causó.

—Vaya, hasta que el enano se digna a decir la verdad. Solo era cuestión de presionar un poco. Una parejita de conejitos lo asustaron y...

—¡Silencio, Héctor! —expresó tajante su padre interrumpiendo la burla, luego volvió a dirigir su atención hacia su hijo menor—. ¿Estás seguro?

—Sí —adujo sin expresión en la voz—. Eso fue lo que pasó.

—¿Te pegaste fuerte? Los golpes en la cabeza pueden ser de cuidado.

—Estoy bien, papá —señaló hacia el río—. Voy... voy a refrescarme un poco.

—Te espero. Regresaremos juntos al campamento.

Eric caminó a paso lento hacia el río y se agachó para echarse agua en la cabeza y en la nuca, y mientras, Héctor se acercó hasta su padre.

—Ja. Un conejo —declaró en voz baja.

—Más vale que lo dejes tranquilo esta noche si no quieres buscarte un problema conmigo.

—De acuerdo, de acuerdo —expresó sin poder borrar aquella sonrisa de sus labios—. Está bien, papá.

En lo que Eric volvía, Roberto se entretuvo sacando su celular para buscar señal. Desde que habían salido de casa trataba de hablarle a su mujer por las noches para contarle lo que habían hecho durante el día, aunque no siempre había podido, en ocasiones encontraba sitios con señal, en otras no, pero aprovechando que estaban ahí, se alejó un poco para poder hablarle, y mientras, Héctor se quedó ahí, esperando a que Eric volviera, pero como tardaba demasiado decidió caminar hacia él. Se detuvo cuando a su paso alumbró una figura formada con rocas en el suelo. Era un círculo perfecto, de aproximadamente un metro de diámetro. Dos líneas curvas, como si fueran dos uñas de lunas, atravesaban el círculo, una de cada lado y hacia afuera respectivamente, y una línea vertical dividía la figura simétricamente. En el interior del círculo había un montoncito de piedra en cada extremo. Uno al este y otro al oeste.

—¿Qué es eso? —preguntó Eric cuando vio a su hermano muy entretenido mirando al suelo.

—No lo sé —respondió Héctor—. Dímelo tú. Tú lo hiciste.

Era una figura tan perfecta formada de piedras que parecía increíble haberla logrado.

—Yo no lo hice.

—No se formó sola, ¿verdad? Hasta me sorprende que hayas podido hacer una figura así de simétrica.

—Yo no lo hice —volvió a negarlo.

—Oh, claro. Es verdad. Seguro fue la nave espacial de la que bajaron los conejos que te cegaron con su rayo paralizador.

Eric le lanzó una mirada iracunda.

—Eres un cretino —fue su única respuesta antes de encaminarse hacia el campamento.

Héctor sonrió complacido dejando atrás aquel círculo incierto formado de rocas.

* * *

Esa noche en el campamento Eric estuvo reservado el tiempo que tardaron en irse a dormir y ya ni siquiera quiso cenar. Roberto también quedó un tanto intranquilo por el golpe de la cabeza, pero estuvo observando a su hijo por algún rato y no vio ningún síntoma extraño o que requiriera de atención.

Por su parte, Héctor no volvió a cruzar palabra con su hermano hasta que Roberto se retiró a buscar leña para mantener la fogata encendida durante la noche.

—¡Buu! ¡Soy un conejo! —vociferó repentinamente cuando llegó a sentarse a su lado frente al fuego.

Eric levantó la mirada hacia su hermano. Optó por no hacerle caso.

—Y cuéntame, enano. ¿Eran conejos grandes o pequeños, los que te asustaron?

—¿Por qué no te callas, cabeza hueca?

—El burro hablando de orejas. ¿Quién se pegó en la cabeza por asustarse con unos estúpidos conejos?

—No fueron los conejos, inútil. Fue una estrella. El rayo de una estrella.

La sonrisa picarona de Héctor se desvaneció al escucharlo, incluso lo miró con seriedad.

—¿Otra vez la historia del rayo? Creí que habías desistido de tus fantasmagóricas historias.

—Es la verdad —objetó Eric.

—Tienes un serio problema. ¿Sabes qué creo? Que ya no distingues la realidad de la fantasía. Te estás volviendo loco con todas esas historias absurdas que te inventas.

—Di lo que quieras. Esta vez no es ninguna de mis historias. Eso fue lo que pasó.

—¿Por qué no se lo dijiste a papá entonces?

—Porque no va a creerme.

—¿Y crees que yo sí lo haré?

—No, pero no me importa que tú lo hagas. No me pegué en la cabeza, y no me caí por la culpa de ningún conejo. Fue por un rayo violeta que salió del río.

Incrédulo, y quizás hasta con un atisbo de preocupación, Héctor se le quedó viendo a los ojos.

—Estás enfermo, ¿sabes? —le dijo poniéndose de pie—. Cuando seas grande vas a terminar en un manicomio.

Sin importarles sus palabras, Eric regresó la mirada a la hoguera perdiéndose entre sus llamas crispantes.

Esa noche, el chico se fue a acostar pensando en lo que había sucedido. Tendido en su saco de dormir, no pudo conciliar el sueño prontamente. Le dio la medianoche antes de sucumbir al cansancio, y lo hizo con la mente puesta en aquel cegador rayo violáceo que sintió le había traspasado el alma.

Y parecía que apenas había cerrado los ojos cuando el frío y algún murmullo lejano lo despertaron. Abrió los párpados lenta y somnolientamente, y cuando hizo conciencia, se dio cuenta de que estaba acostado en un piso estriado y lustroso. Eric se asustó al ver que no estaba dentro de la tienda de campaña al lado de su padre y su hermano, sino que se encontraba en un lugar completamente distinto. No tenía idea, nunca había estado ahí. Demasiada amplitud y ostentabilidad.

«¿Dónde rayos estoy?»

Completamente desorientado, se puso de pie.

Era un inmenso salón de columnas doradas que se levantaban de piso a techo. La luz del sol traspasaba los enormes ventanales decorados con cortinajes largos y elegantes. Sobre todas las paredes de alrededor había bancas de madera dispuestas en hilera que tenían talladas cientos de figuras, y al bajar la mirada,

Eric observó su propio reflejo en aquel lustroso mármol tal como si fuera un espejo. Era un salón deslumbrante y opulento, y extraño también, nunca había visto nada igual, ni siquiera en libros ni revistas de palacios de Europa.

—¿Pa... papá? —se atrevió a preguntar a media voz—. ¿Papá? ¿Hay alguien aquí?

Nadie respondió. La estancia permanecía completamente vacía.

—¿Papá? ¿Héctor?

Dando pasos fue observando el lugar. Entre una y otra columna había repartidas colosales estatuas de lo que parecían ser reyes, lo dedujo por sus ostentosas vestimentas, y ante ellas, Eric se sintió realmente chiquito. Caminó hacia una para admirarla. Era impresionante el detallado de sus ropas y cada una de sus facciones esculpidas en mármol, fácilmente medía tres metros de altura. No tenía idea de quién era, pero extasiado admiró sus manos fuertes y robustas con las que sostenía una hermosa espada. Su rostro era serio, circunspecto, pero inspiraba confianza.

Eric continuó su recorrido por las demás estatuas. Caminó por las del lado derecho del recinto, pero del lado izquierdo había más, y también en la parte trasera. Y entonces su mirada se perfiló al fondo del majestuoso salón. Se acercó y subió un desnivel de cinco anchos peldaños. Había un precioso sillón lujosamente decorado bajo un dosel de elegantes cortinajes. Eric quedó anonadado ante la grandeza que ese sitio emanaba.

—*Wow.*

Una ligera, muy ligera sonrisa, apareció en sus labios. Sus pensamientos eran definitivos y precisos, y los llevó a cabo.

Se acercó hasta las cinco escalinatas, y sin poder quitar la mirada del trono alcanzó a tocar uno de los brazos del sillón con las yemas de los dedos. Le pasó por la mente que al momento de rozarlo se desvanecería y despertaría de ese sueño vívido que estaba teniendo, pero afortunadamente no fue así.

Haciéndose de más confianza, acarició el amplio brazo del sillón con toda la palma de la mano, parecía estar hecho de oro sólido, y se le ocurrió hacer lo que a cualquier niño de su edad se le habría ocurrido.

Volteó hacia un lado y hacia el otro. El salón estaba vacío. Se colocó delante del trono, y cuando estuvo dispuesto a sentarse, las enormes puertas principales que cerraban el gran salón se abrieron de par en par produciendo un fuerte escándalo, tal como si un huracán las hubiese golpeado. Un viento gélido inundó el recinto al mismo tiempo que dos columnas de humo negro se concentraron a los lados de un individuo de toga negra que escondía su rostro bajo un capuchón. Los ojos rojos y brillantes se alcanzaban a percibir dentro de esa oscuridad.

Las columnas de humo ascendieron hasta la misma altura del encapuchado dando pie a dos figuras que se solidificaron en un par de seres de rostros cicatrizados. Estos avanzaron como si flotaran al ras del piso, revisando de forma minuciosa por entre cada una de las estatuas y columnas. Detrás de ellos el encapuchado de negro también avanzó, tardó algún tiempo en atravesar el salón entero, subió los escalones y se detuvo frente al trono. Con sus dos manos retrajo el capuchón y dejó su rostro al descubierto.

El hombre tenía un rostro tan frío y duro que bien podía parecer una estatua de porcelana. Sin la oscuridad que siempre le hacía el capuchón sus ojos ya no emitían ese resplandor rojizo, eran completamente negros, al igual que sus largos y lacios cabellos. El puñado de barba que salía de su mentón tenía un corte puntiagudo, como si fuera una daga, y en cada una de sus sienes tenía incrustado un diamante negro. Al mirarle a los ojos solo podía percibirse maldad, la misma que tendría el demonio.

Estando frente al trono, este ser de apariencia malévola llevó sus ojos hacia la derecha, hacia el par de columnas que abrían paso a un salón adjunto, entró en él, era de dimensiones más pequeñas, aunque igual de suntuosa. En el suelo estaba pintado un gran escudo que se dividía en tres cuadrantes. El primero y más grande, el de arriba, tenía un conjunto de árboles rojos; en el segundo cuadrante, el izquierdo de abajo, tenía un caballo levantado en dos patas con un jinete montado en su lomo; el tercer y último cuadrante, el de abajo del lado derecho, tenía una especie de cetro real. Sus colores predominantes eran el blanco y el azul. Era el escudo de Ándragos.

Dicho salón tenía forma circular y al fondo había una mesa de baja altura, sobre ella alcanzaban a apreciarse dos esferas transparentes azuladas que flotaban a una distancia de un codo de la base. Dentro de una se mantenía

suspendida una corona dorada que tenía engarzadas varias piedras preciosas, y en la otra, un cetro que parecía hecho de cristal, en su interior brillaban pequeños destellos que lo hacían refulgir casi mágicamente, y la punta la coronaba un enorme diamante, uno tan grande como el puño de la mano de un niño pequeño. Ambas piezas daban vueltas dentro de aquellas circunferencias transparentes, lenta y continuamente, como si en su interior no hubiera gravedad.

Los skulls se hicieron a un lado dándole paso al hombre de ojos negros para entrar en el salón de la corona, quien se acercó hasta los objetos reales. Su mirada tenía impregnada una ansiedad insaciable por tocarlo, a uno de ellos en particular. Alargó su mano pálida para poseerlo, pero justo antes de que pudiera traspasar la esfera, se detuvo al percatarse de que en ese salón había otra presencia que no era la de los skulls.

El hombre de los ojos negros caminó rodeando la mesa. Escondido detrás, hecho bolita como una cochinilla, vio a un niño.

Si Eric hubiese tenido los párpados abiertos se habría dado cuenta de que los ojos negros del hombre sufrieron una transformación. El color negro que los cubría en su totalidad se concentró en el centro dando lugar a la esclerótica del ojo. En cuestión de segundos lucían tan normal como los ojos de cualquiera, aunque, en vez de tener los iris color negro, estos habían adquirido una tonalidad azulada tan clara que lo hacían verse casi tenebroso.

—Estoy soñando. Estoy soñando. Estoy soñando. Solo estoy soñando — susurraba a un volumen apenas audible.

Y hubiera querido no voltear, pero Eric sintió la mirada de alguien que lo acosaba, eso lo hizo abrirlos, y al hacerlo, sintió tanto temor que volvió a cerrar los ojos para evadir la realidad.

—Esto no es real. Esto no es real. Esto no es real —repetía constantemente al mismo volumen que un rezo.

Entonces sintió que una fuerza extraña y ajena a él lo jaló de debajo de la mesa de piedra. Eric pegó un grito de espanto cuando ya no se sintió protegido.

—iiiAAAAAHH!!! —Pero calló cuando el aire de los pulmones se le acabó.

Silencio.

—¿Quién eres? —inquirió el hombre con una voz dura, fría y cautelosa. Si algo no había pasado desapercibido a su escrutadora mirada era la extraña forma de vestir del chico engarrñado. Unos pantalones de mezclilla, botines de gamuza, una playera con la palomilla de Nike, y encima, una camisa a cuadros de manga larga que le quedaba un poco grande—. Pregunté, ¿quién eres?

Si pretendía no hablar, no lo llevó a cabo. El chico estaba temblando de miedo, pero su mente lo llevó a pensar que, si no respondía, ese hombre de finta malévola le cortaría la garganta.

—... E... Eric, se... señor. Soy Eric Barón.

—¿Y qué estás haciendo aquí?

—No... no lo sé, señor. Yo... yo estaba dormido en... en mi... en la tienda de campaña, y de repente... aparecí aquí.

—¿Apareciste aquí? ¿En el salón del grolyn? —cuestionó el hombre ligeramente interesado—. ¿Y cómo hiciste eso?

Eric lo meditó antes de responder. La verdad, no tenía idea de lo que estaba sucediendo.

—No... no lo sé, señor... Yo... yo me estaba preguntando lo mismo.

El hombre caminó hacia enfrente desapareciendo de la vista de Eric, quien muy lentamente se puso en pie. No podía evitar que las rodillas le temblaran, pero, aun así, salió de detrás de la mesa de piedra asomando la cabeza. Fue cuando los vio, esos dos seres extraños parados en la entrada del salón del grolyn, se llevó las manos a la boca para sofocar un grito de pánico al mirar sus rostros marcados con cicatrices. ¡Eran espeluznantes!

—No te harán daño —mencionó el hombre de negro al percatarse de la actitud temerosa del chico—. Vienen conmigo. Sal de ahí.

Si por él hubiera sido se habría vuelto a engarrñar detrás de la mesa, pero era imposible no obedecer a ese maquiavélico hombre que solo se lo habría podido imaginar en una película de *Star Wars*. Intentó no mirar a los caramarcadas, que, para su desgracia, le observaban fijamente.

—Eres un chico extraño, Eric Barón. Tu forma de vestir, de expresarte. Nunca había visto a alguien como tú. ¿De dónde eres?

—De... de Chicago, señor.

—Chicago —repitió.

Y ya que el hombre no le había cortado la garganta, Eric se atrevió a investigar un poco. Anhelaba saber qué estaba ocurriendo.

—¿Po... podría... decirme usted... do... dónde estamos?

—¿No lo sabes? —preguntó inclinando la cabeza hacia un lado por oír tan curiosa pregunta.

—No. No tengo idea de dónde estoy, ni qué hago aquí, ni... ni quién es usted.

Una ligera sonrisa, casi siniestra, apareció en el rostro del hombre, tan ligera que para Eric pasó desapercibida.

—Drakon. Soy Drakon. Y estamos en el castillo de Ándragos.

—¿Cas... castillo?

A Eric todo le parecía cada vez más insólito.

—Este es el salón del grolyn.

—Oh. El salón del grolyn, claro —repitió como si de pronto lo comprendiera todo, mas luego volvió a poner un gesto de desconcierto—. ¿Y... qué es el grolyn?

—Eso —señaló Drakon el cetro que permanecía suspendido dentro de la esfera.

Eric ya había visto ambos objetos al entrar en ese salón mientras intentaba esconderse de los tres seres que ahora tenía enfrente, y al hacerlo, se había paralizado unos segundos al verlos suspendidos mágicamente en un movimiento rotatorio, rompiendo toda ley de gravedad existente, sin embargo, no había tenido la oportunidad de admirar dicha magia a causa de que su principal objetivo era esconderse. Ahora que su mirada cayó nuevamente en ellos, volvió a apreciar la hermosura de la corona real y la magnificencia del cetro. Ni siquiera su mente tan imaginativa había podido crear en sus juegos de aventura un objeto similar a esos.

—Grolyn... —se repitió el nombre del cetro con un poquito de más confianza—. Es hermoso, y la corona también. ¿De quién son?

Ante tal pregunta, Drakon por fin extendió su mano hacia el cetro. Una sonrisa rebotante de ambición surgió en él mientras Eric veía anonadado que su mano pálida podía penetrar la circunferencia sin problema para tomarlo. Pero aquel triunfal momento no culminó para Drakon.

Por la entrada del salón del grolyn, dos hombres vestidos con un uniforme azul y blanco irrumpieron la escena.

—¡Alto! —gritó uno de ellos.

Ambos soldados desenvainaron sus espadas ante los intrusos y con todo brío las levantaron en alto.

—¡Jamás te lo llevarás!

Drakon volteó hacia ellos y sus ojos volvieron a tornarse completamente negros.

Un rayo de color azulado salió de cada una de las espadas de los soldados en dirección exacta hacia el hombre, pero con la velocidad de un reflejo, los sculls se desvanecieron en humo y se solidificaron sobre la trayectoria de estos. Con sus guadañas interceptaron su paso y su destino. Luego dieron un giro hacia atrás, se volvieron a desvanecer en humo y se materializaron a la distancia exacta para asestar un golpe con sus guadañas que separaron la cabeza de los cuerpos de los dos hombres que acababan de llegar.

Las cabezas rodaron por el suelo, y a Eric se le detuvo el corazón del impacto.

—Oh, por Dios... Oh, por... Dios —farfulló hundido en pánico.

Una ligera sonrisa se percibió en el rostro de Drakon.

—Míos —bisbiseó a la pregunta que Eric le había hecho anteriormente. Su voz sonó siniestra, bien hubiera podido emitirla una serpiente si pudiera hablar—. Desde este momento el grolyn me pertenece, y cualquiera que ose interponerse morirá.

La declaración se había convertido en amenaza y el porte maquiavélico que había adquirido ese hombre hizo estremecer a Eric. Muerto de miedo, retrocedió dos pasos para alejarse lo más posible de ese ser, pero topó por detrás con la mesa de piedra.

A lo lejos se escucharon gritos, instrucciones y pasos de hombres corriendo que se acercaban. Quizá eran más hombres de uniforme blanquiazul que ya venían por el salón de las estatuas, en cualquier momento llegarían.

Drakon estiró el brazo hacia el chico, quizá para matarlo, quizá para jalarlo como antes ya había hecho, Eric nunca lo supo, pero en un intento por protegerse, se reclinó hacia atrás espantadísimo. Con dicho movimiento, parte de su cuerpo traspasó la esfera y su hombro alcanzó a rozar el cetro, entonces una luz lo rodeó, una luz blanquirroja tan refulgente que logró hacer retroceder a Drakon unos pasos. Fue fugaz e inesperado, pero cuando el destello cegador amainó, el chico había desaparecido, y junto con él, el grolyn también. La esfera traslúcida quedó vacía.

La respiración de Drakon se tornó agitada y un avasallante odio se apoderó de él.

—¡NOOOO! —gritó con fuerza y violencia, haciendo estremecer las paredes de todo el castillo.